
LA TAREA DE PENSAR CON LA HISTORIA

MAURICIO SÁNCHEZ MENCHERO

No sé por qué escribimos, querido George.
Y a veces me pregunto por qué más tarde,
publicamos lo escrito. Es decir, lanzamos
una botella al mar, harto y repleto
de basura y botellas con mensajes.
Nunca sabremos
a quién ni a dónde la llevarán las mareas.
Lo más probable
es que sucumba en la tempestad y el abismo.

José Emilio Pacheco,

Carta a George B. Moore, en defensa del anonimato.

1.

La primera estrofa del poema de José Emilio Pacheco encierra, de manera sintética, la práctica comunicativa de la escritura y la lectura junto a su soporte impreso, llámese revista, libro, texto electrónico o, como en la cita, manuscrito encerrado en una botella. La pregunta que se hace el poeta sobre el motivo del acto de escribir hace eco del propósito que perseguía el premio Nóbel español Juan Ramón Jiménez, quien soñaba con la creación de una revista donde debían importar más los textos y menos la autoría.

Pensar en la práctica del anonimato en un campo diferente, como lo son las ciencias en sus diferentes expresiones teóricas y metodológicas, parece un disparate. Por ejemplo, en los sistemas institucionales de evaluación de la práctica científica, la forma colectiva de producirla no siempre cuenta con espacios para ser valorada. En todo caso, los lugares de fomento para el trabajo en equipos multi o interdisciplinarios terminan por evaluar singularmente a cada individuo con nombre y apellidos. Si la lectura de los resultados por pares que hablan el mismo lenguaje puede llevar, en ocasiones, a descalificaciones subjetivas y a la suspensión o no de estímulos laborales, qué resultará de la incomunicación entre los científicos y los millares de analfabetos funcionales que conforman en nuestro país la inmensa mayoría (la proporción de lectura de un mexicano es de un libro por año, según encuesta de Conaculta de 2010). Y esto a pesar de que no es lo mismo un libro de especialidad matemática o química que un relato historiográfico dirigido supuestamente a un amplio sector del público, como pueden ser las biografías de grandes personalidades. Incluso así, los

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad nacional Autónoma de México. / mauricio_menchero@yahoo.com.mx

historiadores, como otros científicos, terminan por convertirse en cilindros que en las esquinas tratan de vender sus notas musicales a unos transeúntes o pasajeros inmersos en sus propios reproductores de música como en un océano "harto y repleto de basura y botellas con mensajes", tal cual describe el poema de Pacheco.

2.

Uno de los retos de los productores científicos sigue siendo qué y cómo comunicar ciencia (J. Secord, "Knowledge in transit", 2005). Esto se puede observar particularmente desde la edad moderna donde, en cada campo especializado, se han hecho ejercicios para promover la circulación del conocimiento a través de diferentes medios escritos e impresos como el libro acompañado por grabados, luego difundido, a partir del siglo pasado, por medio de radio, cine, televisión o Internet. En el caso particular de la historia, esta inquietud se ha materializado en la creación y organización de archivos, bibliotecas o museos. Es decir, instancias en donde tradicionalmente se han conservado, organizado y difundido los conocimientos del pasado. De ahí que para un historiador no deberían existir términos como "archivos muertos", ni "colecciones de libros raros" o "almacenes de objetos". Sin embargo, ha sucedido con frecuencia que estos reservorios a la postre se convierten en guarida de ratones tal y como exponía Luigi Pirandello. El personaje que da nombre a la obra *El difunto Matías Pascal*, es un tipo que trabaja en un pueblo siciliano como responsable de una biblioteca. Dice el propio Matías:

Por espacio de dos años, poco más o menos, fui no sé si más cazador de ratas que guardián de los libros en la biblioteca que cierto monseñor Boccamazza, en 1803, tuvo a bien dejarle en herencia, al morir, a nuestro Municipio. Indudablemente, no debía el tal monseñor estar muy al tanto de la índole y aptitudes de sus paisanos, o abrigaba la esperanza de que con el tiempo y la comodidad inflamaría con su legado el amor al estudio en sus favorecidos.

Aquí conviene traer a colación una anécdota que me sucedió durante mi trabajo en el Archivo General de la Villa de Madrid ubicado en el edificio del Conde Duque de la capital española. Resultó que una mañana invernal, al ir a revisar documentos, me encontré con que estaba cerrado el Archivo debido a que el agua producida por una pertinaz lluvia se había filtrado hasta la bóveda mojando numerosos expedientes. A mi reacción de asombro siguió el de enfado, pues el guardia solamente sabía decir que no se abriría el lugar hasta nuevo aviso. Únicamente una de las archivistas me recomendó escribir una carta a la responsable general de los archivos solicitando una solución al accidente. Ante la urgencia de seguir investigando y evitar más pérdida de tiempo me decidí escribir una carta donde, además de solicitar la pronta apertura del Archivo, comentaba y subrayaba

el valor de un reservorio como el de la Villa de Madrid, ya que no considerarlo así era como no prevenir la enfermedad de Alzheimer: la pérdida de una memoria madrileña de más de cinco siglos. Por fortuna mía el Archivo no tardó en volver a abrir sus puertas. Pero vale la pena destacar un detalle más porque, desacostumbrado a una respuesta por parte de la autoridad, me llevé una grata sorpresa cuando vi la carta de la directora respondiendo a mi misiva, lo que me dio cierta esperanza de que las dendritas no iban a seguir deteriorándose. Por el contrario, muestra de ello es que en la actualidad el Archivo de la Villa de Madrid cuenta con un espacio renovado —me imagino que a prueba de lluvias— que incluye pisos de madera, iluminación adecuada y un mobiliario ergonómico, no las incómodas sillas y mesas que tenía cuando estuve trabajando ahí.

En la actualidad, no siempre se valora la conservación y uso de la memoria histórica. La realidad de nuestros días, para algunos posmoderna, se ha convertido en un *carpe diem* absoluto: importa más el hoy que el ayer o el avenir. De ahí que se pierdan fondos archivísticos por falta de presupuesto para su conservación. En términos braudelianos, podríamos decir que a nuestra sociedad actual le interesa más la historia inmediata, a diferencia de las pasadas generaciones que respetaban los relatos de larga duración. En pocas palabras, hoy reina definitivamente Mercurio. Esta acelerada divinidad, recibió de Zeus la tarea de ser su heraldo al momento de entregarle una vara como salvoconducto para ir por todas partes y unas sandalias aladas con las que podía desplazarse a la velocidad del viento. Aun así, el ágil dios parece que ha perdido sus alas y ha caído como Ícaro frente a la fogosa e infinita producción de mensajes masivos a través de miles de canales y medios. Ninguneados, los dioses no han estado exentos de los efectos de crisis: desde posmodernas a ecológicas, pasando por las infaltables económicas. De hecho, en Grecia la velocidad de Mercurio poco pudo hacer para evitar que setenta y ocho objetos fueran robados del antiguo Museo de Olimpia por dos hombres encapuchados en 2012.

¿Qué hacer frente a tanta basura y botellas con mensajes regados? ¿Cómo hacer circular de manera más efectiva los conocimientos científicos que, como en nuestro caso, se dirigen a la producción historiográfica para que no queden como mensajes embotellados y sin lectores?

3.

Para responder a estas preguntas podemos, una vez más, recordar otro mito griego. Esta vez se trata de Janus, al cual tradicionalmente se le ha representado con una cabeza y dos rostros, porque mira tanto el pasado como el avenir. Para los propósitos de este texto quisiera destacar la riqueza que el mito de Janus nos regala a la academia con esa doble mirada: objetiva y subjetiva, interna y externa, retrospectiva y prospectiva, memorística e “identitaria”.

Para entender mejor la función de Janus o de cualquier historiador profesional quizás debamos echar mano de la obra *El flautista* de Remedios Varo. Con una sencilla narrativa, en tres partes el cuadro nos presenta en primer plano a un delgado flautista acompañado de piedras, luego aparece una torre y una montaña, más a lo lejos un cielo nublado. Lo interesante de la obra de Varo es que el flautista ya no representa aquel músico del cuento documentado por los hermanos Grimm que abatía, como Matías Pascal, a las ratas. Por el contrario, el óleo lo muestra construyendo una torre gracias a las notas musicales producidas por su instrumento que coloca mágicamente, una a una, las piedras sobre una estructura.

De cierta forma, *El flautista* materializa el valor de la práctica historiográfica. A través de compases y armonías se ordena lo que está disperso por el olvido y el paso del tiempo para, en cambio, edificar una memoria y una identidad individual y colectiva. Razón tiene Maurice Halbwachs al concebir que la memoria individual sólo funciona en sociedad: “hemos reconocido hasta qué punto el individuo está, en este aspecto, como en muchos otros, en situaciones de dependencia con la sociedad [por ello] es natural que consideremos el mismo grupo como capaz de recordar, y que atribuyamos una memoria a la familia, por ejemplo, del mismo modo que a cualquier otro conjunto colectivo” (M. Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, 2004).

Estas ligas del pasado son las que precisamente el historiador se encarga de armonizar en una memoria colectiva que otorga sentido a la existencia y devenir de toda agrupación, llámese etnia, nación, religión, generación o género. Saber dónde estamos parados para saber, si no exactamente a dónde se ha de llegar, si al menos de cuál puerto se parte. De lo contrario, la amnesia nos convierte en presa fácil de controles ejercidos por poderes políticos, económicos o mediáticos.

Para enfrentar la desmemoria, el historiador cuenta con la formación profesional para saber indagar en archivos o bibliotecas, lo mismo que en fototecas, mapotecas, fonotecas o filmotecas. Así, busca datos para criticarlos y compararlos, ordenarlos y plasmarlos por medio de discursos lógicos. Tarea historiográfica que debe hacerse, según John H. Arnold, bajo tres razones: por placer, porque nos ayuda a estar más conscientes, y para pensar de forma distinta sobre nosotros mismos. Ciertamente, “*pensar con la historia* supone la utilización de elementos del pasado en una construcción cultural del presente y del futuro” (Carl E. Schorske, *Pensar con la historia*, 2001), lo que ya es un paso adelante para conservar la memoria colectiva e impulsar la identidad. Cabe señalar, por último, que para llegar a un colectivo más amplio, el historiador y todos los científicos requerimos de mayores y mejores estrategias de divulgación que entreguen mensajes no encriptados (embotellados) a un mayor número de individuos.